

cabo de algunos meses por telegrama, para darla á M. Puskas, quien trató con la Sociedad de los teléfonos de París.

Al través del Atlántico, podíase sentir ya el hedor de corrupción y muerte procedente de Francia, por estar ya realizada la obra judía. Los verdaderos franceses, los franceses naturales eran tratados en su patria como outlaws, quedaba libre el puesto para los aventureros cosmopolitas.....

Herz descendió pues en el Gran-Hotel y pasó el tiempo en el boulevard para oler qué dirección debía tomar. Apenas si había quince días que había llegado cuando un transeunte se le hechó en brazos gritando: «Muy seguro estaba de encontraros aquí.»

Era un tal L....., antiguo marinero convertido en cervetero á quien Herz había pedido prestada la pequeña fortuna que él había reunido y que llegaba á algunos centenares de miles de dollars; habíase embarcado algunos días después que su deudor y su confianza en él no parecía siquiera disminuída ni por pienso.

Herz, por lo demás, se portó muy bien. No pagó á su acreedor, porque esto hubiera sido de un hombre ordinario, no procuró deshacerse de él por villanos procedimientos, porque hubiese sido á manera de criminal y no está en sus maneras de obrar. Nada le hubiese sido más fácil que emplear este último medio, merced á sus relaciones con los elevados funcionarios que todo se lo permiten tocante á arbitrariedades y son bastante abyectos para decir á una mujer, como Gragnon de la señorita Sombreuil: «Si no sois amable con mi amigo el diputado, os mando llevar á la frontera, y si volveis os encarcelaré, con aplausos de toda la izquierda.»

Herz se portó asimismo muy bien; instaló á su acreedor en un hotel del barrio Saint-Honoré, y durante largos años respondió de su cuarto y alimento.

¿Qué hizo Herz estando ya en París? Demasiado prolijo sería decirlo, y quizás demasiado peligroso, porque los diputados republicanos que estuvieron enredados en esos asuntos excitarían todavía á los jueces contra mí. ¿De dónde vino el primer dinero, la primera llave de oro que sirvió á Herz para abrirse los corazones radicales? porque á estos parece haber aludido La Fontaine cuando dijo:

La clef des coffres-forts et des cœurs, c'est la même.

¿Cómo este aventurero, llegado á París sin recursos, pudo subvencionar periódicos, sostener comités electorales, comprar condecoraciones, llegar á ser, á fuerza de servicios prestados, el inseparable de Clemenceau y de Boulanger, tener entrada á todas horas en casa de M. de Freycinet?

Parece plausible la explicación dada tiempo há por algunos periódicos y es posible que Cornelio Herz haya sido la clave del servicio de información que funciona en París por cuenta de Alemania. Sin embargo, no disponía más que de este medio. Magnetizador de primera fuerza, hipnotizaba literalmente á aquellos en quienes había puesto sus miras, y de este modo sacó sumas enormes de diversas personas, de un empresario de obras públicas, especialmente, llamado Daudérny que fué á morir de pesar en Panamá.

Comenzó por hacer condecorar á este buen hombre, después se le engañó con brillantes promesas; apenas si sabía difícilmente garabatear ó mejor dicho dibujar las letras que formaban su nombre, y, gracias á esta ignorancia, se consiguió hacerle firmar por 3 millones de billetes.

Igualmente había logrado Herz persuadir al cajero de una importante caja de banca americana del barrio de la Opera que le confiara los capitales que guardaba. Muy pronto fué tan crecida la cantidad malversada,—era, según creo, de

1.500,000 francos,—que los banqueros adivinaron la verdad; por el temor del escándolo no quisieron practicar investigaciones y se contentaron con enviar á su cajero á Australia y hacer firmar á Herz pagarès por el importe de la cantidad.

Mientras estuvo Boulanger en el ministerio, Cornelio Herz fué el dueño absoluto en el ministerio de la Guerra. ¿Acaso Clemenceau habia impuesto este bávaro al general? El hecho es probable, y lo deseo por la honra del general á quien no soy hostil. Lo cierto es que el ministro de la Guerra hacia por este aventurero lo que no hubiera hecho por un oficial francés.

Nuestro amable cofrade Havard habia intentado tambien, á fines de octubre de 1886, poner en claro el asunto Cornelio Herz.

El dia siguiente de la aparicion del artículo en el *Monde*, se presentan dos militares en la redaccion con la actitud que conviene en las circunstancias solemnes. Era uno el general Richard, director de ingenieros en el ministerio de la Guerra, actualmente muerto, el otro era el teniente coronel Peigné, subjefe de gabinete del ministro de la Guerra Boulanger.

Durante la entrevista, hicieron los dos caballeros esta asombrosa declaracion: *No somos amigos de M. Cornelio Herz; nos envia el ministro de la Guerra para salir fadores por él.*

Si M. de Claye, que es un excelente muchacho y á quien aprecio mucho por otra parte, hubiese tenido alguna más presencia de ánimo, en lugar de insertar la nota algo vulgar que insertó, hubiera dicho sencillamente al frente de su periódico: «Retiramos lo que hemos escrito del momento en que dos jefes superiores, enviados por el ministro de la Guerra, salen fianzas de la honradez de M. Cornelio Herz.»

¿Qué os parece un ministro de la Guerra que manda á dos militares, no para ir á defender la honra de uno de los jefes del ejército sino de un bávaro americanizado, de un agente de negocios? (1)

¿Qué luz no arroja esto sobre lo que pasaria en un ministerio en que Cornelio Herz tenia el estado mayor del ministro á su disposicion para ir á intimidar á los periódicos.

La prensa republicana no ha dicho jamás una palabra de esta cuestion que ofrece cierto interés.

No se trata aquí de la cintita que, en el pecho de un cerajero, indigna tanto la virtud de M. Rochefort y de M. Maret, sino que se trata de la placa de gran oficial, es decir de una de las más gloriosas distinciones que puede distribuir la Francia.

Nansouty, el intrépido general de caballeria, que fué el héroe de Eylau, era gran oficial solamente del 11 de julio de 1807. Montbrun, otro general de fabulosa bravura, era gran

(1) Buen cuidado tuvo la *Lanterne* de subrayar la significacion de este paso dado, pues escribe con fecha del 2 de noviembre de 1886.

Autorizando, cosa rara tratándose de un civil, hasta francés, á dos jefes superiores de su estado mayor para servir de testigos al doctor Cornelio Herz, además gran oficial de la Legion de honor, ¿no se declaraba el ministro fianza por decirlo así de su honradez?

No solamente habia autorizado el ministro de la guerra á los dos jefes superiores, sino que les habia enviado en servicio mandado.

La mejor prueba de que los tales jefes no conocian á Herz, es que su nota de rectificacion afirma hechos completamente inexactos.

«El señor Doctor Herz entró en el ejército francés, en 1870, como médico, é hizo toda la campaña con el ejército del Loire.»

«Ha sido propuesto para el grado de caballero de la Legion de honor y ha sido condecorado á consecuencia de esta campaña.»

Cornelio Herz no era médico ni por pienso en 1870; era todo lo más ayudante mayor; es completamente falso que haya sido condecorado á consecuencia de esta campaña; fué nombrado caballero de la Legion de honor el 31 de agosto de 1879.

oficial del 30 de junio de 1811. Lasalle el héroe Lasalle, herido de una bala en Wagram y que vive en nosotros en el admirable retrato de Gros, con su capote, su pantalón de cuero y su porta pliego, el relámpago en la vista, dispuesto á montar á caballo para cargar, era sencillamente comendador; había sido nombrado el 25 pradiel año XII.

Nuestros mayores sabios: Jobert de Lamballe, Velpeau, han muerto, después de toda una vida consagrada á aliviar las dolencias de la humanidad, sin haber pasado del grado de comendador. Ni uno de nuestros médicos eminentes es gran oficial de la Legion de honor.

Fuera de la cuestión honorífica, esta elevada dignidad confiere privilegios que tienen su importancia para con hombres como Cornelio Herz.

Según la jurisprudencia actual, un gran oficial de la Legion de honor no debe cuenta de sus actos, aunque fueran delitos, sino al procurador general; haga lo que quiera, se libra de todo procedimiento de una parte civil (1). Además, siendo el célebre Bouchez el procurador general, adivinase fácilmente que Cornelio Herz habría podido cometer los hechos más graves en su carrera de aventuras sin que el procurador general tomara la iniciativa de intervenir.

Es también divertido, después de las retahilas sobre la Igualdad y el 89 ver que el privilegiado en Francia es un judío alemán que ha dado dinero á Clemenceau para vivir alegremente.

Observad que nada fuera más fácil á los amigos de Clemenceau, á los Millérand, á los Pelletan, y á los Ranc que cubrirme de confusión; tienen entrada en todos los minis-

(1) Véase acerca de esto el folleto del Dr. Robinet de Cléry: *Des droits et des obligations du Parquet, agent du gouvernement.*

terios y no debieran hacer más que publicar los títulos de ese gran oficial de cuarenta y dos años:

Caballero.	Tal hecho,	tales servicios,	tal libro,	tal descubrimiento.
Oficial.	—	—	—	—
Comendador.	—	—	—	—
Gran oficial.	—	—	—	—

Los Millerand, los Pelletan y los Ranc se guardarán muy bien de publicar el documento que honraria á su amigo; saben mejor que yo que la placa de gran oficial de M. Cornelio Herz ha sido pagada con escudos sonantes (1).

Tenemos de esto el testimonio más irrecusable en la declaración, enteramente desenvuelta y hasta algo altanera, publicada por M. Clemenceau en su periódico *la Justicia*, con fecha 3 de noviembre de 1886:

(1) A Salis se le presenta aquí una ocasión para distinguirse. Sabido es que Salis es el hombre del Herault que tanto estorbó, con su amigo Jamais, con motivo de un discurso en el que M. Numa Gilly, un diputado obrero, que dicen ser verdaderamente muy honrado, había afirmado esta evidencia conocida de todos que la Cámara estaba llena de Wilsons y que la comisión del presupuesto se componía de más de veinte de ellos.

Ese Salis fué la broma del fin de las vacaciones. Sucede á veces en los círculos sospechosos donde la trampa está á la órden del día, que un caballero se convulsiona de repente sin saberse por qué; empieza á lanzar gritos agudos; «Qué nadie salga! ¡Qué se registre á todos!» Salis desempeñó este papel y la comisión del presupuesto afligida no sabía como hacerle callar. «Calmaos se le decía, se acabará por aceptar vuestros ofrecimientos! Vais á llamar la atención sobre nosotros!—No; respondió Salis, no me calmaré! ¡Quiero nombres, nombres, nombres!»

Tome Salis un coche pagado á medias con su compadre Jamais y preséntese á los ministerios para recoger allí los títulos de M. Cornelio Herz para el grado de gran oficial de la Legion de honor.... Cuando un elector del Herault ó del Gard pide sencillamente la órden de Poireau debe alegar algunos servicios. Algo de este género debe existir con motivo de cada una de las promociones de M. Cornelio Herz, un informe cualquiera. Si Salis da las pruebas de servicios prestados á Francia á la curiosidad de los lectores, quedarán confundidos en mi persona todos los mal intencionados.

M. Herz no es comanditario de la *Justice*. Ha sido accionista del 26 de febrero de 1883 hasta el 15 de abril de 1885.

M. Clemenceau le ha cedido el 26 de febrero de 1883 la mitad de sus acciones liberadas en pago de cantidades entregadas por él desde el 31 de marzo de 1881 al 16 de junio de 1883.

El 15 de abril de 1885, M. Clemenceau ha recobrado las acciones de M. Herz.

M. Clemenceau no ha recomendado jamás á M. Herz á ningun ministro, ni á nadie para ningun negocio, ni para favor alguno.

¿Verdad que suelta bien la sin hueso el puritano? Parece que lo hace cual conviene al pueblo soberano. Aquí está el agente de negocios que atraviesa el Atlántico expresamente para tomar la mitad de las acciones de un periódico que jamás ha tirado más allá de 2, ó 3,000 números, que jamás ha distribuido ningun dividendo (1), y á quien dice M. Clemenceau: «Caballero, consiento en aceptar vuestros 500,000 francos, pero con la condicion de que no pidais nunca ni una recomendacion, ni un favor.»

Al cabo de cinco años, este hombre, comanditario de un agitador que hacia y deshacia los ministerios, se despierta gran oficial de la Legion de honor.

Nótese bien que M. Clemenceau es ageno á todo esto. Es indudable que experimenta pura alegría al ver estos rapi-

(1) Este judío es el mismo buen Samaritano. Préviamente advertido de que no debía contar con *ningun favor* ni con *ninguna recomendacion* no podia tener mayor esperanza de retirar ningun beneficio del dinero puesto en el periódico. En 26 de noviembre de 1881, juzgando desastroso el negocio los accionistas de la *Justice*, habian abandonado, por acuerdo unánime, todos los títulos á M. Clemenceau encargándole á él la extincion del pasivo de la Sociedad. El 15 de enero de 1887, los nuevos accionistas tomaron una resolucion análoga con respecto á M. Jorge Clemenceau. Con la simplicidad de las almas verdaderamente generosas, Cornelio Herz habia pues abandonado la América únicamente para contribuir con su bolsa á la propagacion de la literatura de Camilo Pelletan. Ya no se ven mas accionistas como este; si engendra hijos, me reservo uno de ellos.....

dos resultados. «Es mi accionista, dice modestamente, pero, añade el Incorruptible, no le he recomendado jamás, ni jamás he pronunciado su nombre para ningun favor (1).»

(1) El elemento de intensa jovialidad de estas cosas es que todos los políticos republicanos que se entregan á una guerra encarnizada, que se abrumen entre si con las mas groseras injurias, están todos de tal manera enredados en los mismos soeces negocios que se ven obligados á detenerse en el momento de las acusaciones formales. Es la historia de Pitou: «Mi capitán, he hecho un prisionero:—¡Pues bien! tráelo!—¡Es que no quiere soltarme!»

Los Cadettistas del *Parti ouvrier* afirman que durante el ministerio del general Boulanger, hubo baturrillos en las provisiones militares, en las blusas de los territoriales, en los colchones elásticos, pero no dicen nada mas. En efecto, seria fácil al general Boulanger contestar: «Me he visto obligado para tener el apoyo de Clemenceau y de su grupo á soportar todas las condiciones de Cornelio Herz, que representaba á Clemenceau y que, en realidad, me tomó en Túnez para hacer de mí un ministro de la Guerra. Un ministro de la Guerra que no satisfaria los apetitos de la izquierda, ni duraria ocho dias; precisamente por esto apelo á todos los buenos franceses para que echen el régimen parlamentario á los albañales.»

La *Presse*, el periódico de Laguerre, alude á estos hechos y recuerda como Clemenceau debió capitular ante la campaña emprendida por el *Matin*.

M. Pelletan, exclama la *Presse*, no tiene memoria:—acuérdesese pues de que el general Boulanger no ha hecho nunca *ningun* negocio rentístico y que todos los amigos de la *Justice* no pueden decir otro tanto.»

Clemenceau, que está en Luchon, toma entonces aires de Chafarocas y pide á Laguerre, que está en Lisioux, que se explique formalmente, haciéndole observar que mientras el comia del presupuesto de la *Justice*, no se ocupaba en saber de donde venia el dinero. Laguerre, que comprende que el negocio se va á rodar, contesta que él no quiso decir nada absolutamente y carga el muerto al secretario de la redaccion.

En cuanto á Reinach, aprovecharia de mil amores la ocasion para arrastrar á Clemenceau por el fango y deshonor al general, pero se encuentra con que es el socio de Cornelio Herz. Está vista la situacion.....

En el fondo, lo más interesante que aquí hay, es siempre el judío. Observad bien que Cornelio Herz es absolutamente un ignorante, y su instruccion no excede gran cosa de la de un alumno de instruccion primaria. Pensad ahora en todo lo que ha removido, desordenado, agitado; todo lo ha tratado en su movimiento febril y las mas diversas personalidades han estado envueltas en su vida. Generales, sabios, rentistas, senadores, diputados, Clemenceau y Boulanger, Freycinet, el caballero grave considerado tanto tiempo como la misma probidad, y Leonidas Leblanc, Wilson, Hébrard, Da loz, todos esos seres de diferente imágen, de opuestos sentimientos, han sido veletas, Juan de las Viñas, en sus manos; ha hecho caer en la trampa á Rothschild y arranca millones á empresarios de obras y á

¡Calculad ahora cómo estaría Cornelio Herz si Clemenceau le hubiese recomendado!

Ó Rochefort, príncipe de la Ironía, duque de la Insolencia, ¡que obra maestra habriais escrito si el pobre Wilson, acusado por haber dado una crucecita á un accionista de la *Petite France*, se hubiese defendido de esta manera!

Quizás parezca que me he extendido demasiado en este episodio, pero el proceso Deprez-Cornelio Herz-Rothschild (1) me ha seducido mucho y distraído considerablemente. Y luego ¿qué hacerle? Diviérteme acariciar un poco el lomo de un republicano que se presta por modelo de la Virtud; esto me inspira...

Ya que por tu propia confesion, ó ciudadano Clemenceau, no hay Dios, no hay derecho y la insurreccion es el más san-

fabricantes de bizeochos que habrian negado 10 francos á un hambriento; ha encontrado jóvenes sabios que han trabajado por él años enteros sin cobrar un céntimo de sueldo.

(1) El hermano de Clemenceau era uno de los confidentes de Marcelo Deprez y del doctor Cornelio Herz. En la única pieza cuya comunicacion nos dió la parte contraria, cuando mi proceso, figura en el estado del personal por 500 francos mensuales. Se ha casado con la hija de un famoso judío, en Viena, Mauricio Szeps, que fué redactor del *Neue Wiener Tageblatt*, donde se insultaba á Francia desde el día primero de enero hasta el día de San Silvestre.

El *Waterland* del 25 de enero de 1887 publicó acerca de este caballero edificantes noticias. Cuando se le obligó á dejar el *Neue Wiener Tageblatt*, se llevó las fajas de direcciones del periódico y el manuscrito de lo que se iba publicando. Por este hecho se le llevó á los tribunales y fué condenado por delito contra la propiedad literaria á una multa de 300 florines ó eventualmente á veinte días de cárcel.

Naturalmente Clemenceau ha hecho condecorar con la Legion de honor á este judío lleno de delicadeza. Si los Radicales tuvieran una mija de honradez, confesarían que la cruz estaba mejor colocada todavía en el pecho del carrajero del hotel del paseo de Jena que en el de ese pillastron extranjero y que Clemenceau no vale tampoco lo que Wilson, quien, á lo menos, no trabajaba á favor de la exportacion y no condecoraba sino al indigena.

to de los deberes siempre que se cree uno con derecho á quejarse de algo, confiesa que sería yo muy cándido si me contuviera respecto á tí y si refrenara mi fantasia que me ha impelido con frecuencia á tratarte como tú tratas á los Católicos y hasta á los Oportunistas cuando no temes á Boulanger. ¿Por qué mi molécula cósmica no se ha de tomar alguna libertad contra la tuya?

Como cristiano, sería yo reprehensible, y amonestado por mi confesor, si respecto de tí obedeciera yo á un sentimiento de odio personal, pero no te profeso ningun odio; intento sencillamente mostrarte lo que es un hombre libre.

Efectivamente, en el Evangelio está escrito:

«Si hicieréis lo que os digo, conoceréis la Verdad, y esta Verdad os hará libres.»

San Atanasio desarrolló esta idea en noble y elegante lenguaje:

Debe hablarse francamente, porque no hemos recibido un espíritu de servidumbre que engendra el temor: el espíritu de Dios nos llama á la libertad.

Tú no conoces á San Atanasio y los tunantes que te admiran no admiran quizás, como debieran, á ese hombre verdaderamente admirable. San Atanasio desafió á los Emperadores omnipotentes, y ántes que doblar la rodilla, fué á alimentarse de raíces en el centro de los desiertos de la Tebaida, desde donde gobernaba su diócesis no obstante las iras de Juliano el Apóstata, quien escribía:

«Sé que Atanasio con su acostumbrada audacia, se ha puesto en posesion de lo que él llama el trono episcopal. ¡Malvado! ¡se atreve bajo mi reinado á conferir el bautismo! ¡Un hombrecillo como es, y se gloria con arrostrar la muerte!» Ves que Atanasio no iba á las casas de las jóvenes prostitutas de Bizancio ó de Antioquía, pero tambien «ese hombrecillo», que fué grande en todo, grande hasta en la san-

tividad, no tenia culpables connivencias con los Granet de la época; queria que se dieran las recompensas, los collares de honor ó las medallas, las *phalerae* á los soldados que defendian el Imperio y no á los Cornelios Herz del momento.....

¡Los mismos perros con distintos collares, los Demasiado-conocidos!

Todos son lobos de una misma camada.....

Todos aparentan disputarse entre sí y guardan el más diplomático de los silencios acerca de sus recíprocas maldades.

Si queréis formaros idea del silencio que el Radical, regularmente tan ruidoso, sabe organizar al rededor de los suyos, examinad el negocio de la Sociedad hipotecaria de Túnez y de los bienes de Mustaphá.

Es al mismo tiempo un episodio encantador de las costumbres judías, al que nada le falta. Desgraciadamente, para analizar á fondo la cuestion, se necesitaria la pluma de Balzac que conocia todas las truhanerías del procedimiento, que se complacia en describir, en sus complejidades y embrollos, las combinaciones de los hombres de presa de su época muy inferiores, por otra parte, en pillería á los hombres de presa actuales.

El comienzo de la historia está en la *France juive*, pero muchos de mis lectores querrán saber su fin.

La situacion es la siguiente. Mustaphá ben Ismail, el antiguo favorito del Bey de Túnez, llega á Paris; necesita dinero; la Compañía transatlántica le anticipa primeramente 200.000 francos sobre sus halajas, después le presta 1 millon, sobre el cual se le entregan gran cantidad de pérfidos engaños. Se le cuentan, por ejemplo, 600.000 francos por tres palacios de la calle de la Faisanderie pertenecientes al suegro de un judío administrador de la Compañía y que después se han vuelto á vender en 42.000, 45.000 y 50.000 francos.

La Compañía transatlántica continua el recobro de sus créditos contra Mustaphá, y, en el momento que el ex-primer ministro está apuradisimo, un grupo de rentistas le ofrece sacarle del paso ingresando en una Sociedad que se forma: la Sociedad hipotecaria de Túnez; abandona á esta los bienes que posee en la Regencia y de las 8.000 acciones de la Sociedad le entregan 6.000.

Debe saberse que las acciones de Mustaphá no podrán obtener nunca más de 25 por 100, mientras que las demás acciones no están sujetas á ninguna reduccion de producto.

Esto nos representa sencillamente una de aquellas escenas de vaudeville en que Brasseur que acababa de presentarse como zapador reaparecia inmediatamente como nodriza. El grupo de rentistas que, después de haber comenzado á prestar á Mustaphá, le perseguia á muerte y el grupo que fundaba la Sociedad hipotecaria de Túnez era un solo y mismo grupo.

Preséntase entonces una dificultad. Los bienes que Mustaphá cedia á la sociedad hipotecaria de Túnez tenian un valor enorme, un valor de 30 millones ahora y de 80 en lo venidero, pero estos bienes no le pertenecen. Estos bienes son bienes *habbous*, es decir, inalienables, bienes patrimoniales del gobierno beylical ó dotaciones hechas á mezquitas ó á colegios como el colegio Sadiki.

Nadie ignora el papel que Mustaphá representaba en Túnez, y, con este motivo, un diplomático, que ocupó ántes los más elevados puestos de la Regencia, me referia un pormenor muy oriental. Cuando se instaló el telégrafo en el Bardo, el primer telegrama que se envió desde el palacio era este: «Se suplica el envio de los pantalones que el Bey se ha dejado en la cama de Ismail.»

En semejantes condiciones las donaciones hechas por Sadoeck á su favorito no tenian ninguna importancia. Es

indudable que todo trabajo merece salario pero aquí el salario era excesivo...

¿Admitiréis jamás que un soberano en un momento de embriaguez, dé á su compañero de libertinaje los inmuebles del Colegio de Francia ó los establecimientos y las rentas legadas á la Asistencia pública?

Hasta en muchos casos se había sorprendido absolutamente la confianza del Bey. Sabido es cómo iba allí todo.

Todos los lunes tenía el Bey una especie de audiencia en la cual fallaba acerca de todos los asuntos que se le sometían. El Bey no firmaba nada: cuando aprobaba la decisión que le proponía su primer ministro, Mustaphá ben Ismail hacía una señal de cabeza. El guarda sellos sacaba entonces de un cofrecillo el sello beylical y Mustaphá sellaba el documento. Mustaphá tenía escrituras de donación bien preparadas; proponía, por ejemplo, al Bey imponer una multa á algun tunecino culpable de cualquier delito, hacía el Bey una señal de aprobación, Mustaphá tomaba el sello y lo imprimía, no en la sentencia, sino en la escritura de donación.

Si Francia no estuviese ahora gobernada por la crápula de todos los países, ni se hubiese suscitado jamás esta cuestión. El gobierno francés habría hecho lo que hace el gobierno inglés para los rajahs ó los personajes importantes de la India á quienes aleja de su país, habría consignado una pensión conveniente á Mustaphá y le habría mandado estarse tranquilo.

Sea como quiera, se pleiteó y aquí aparece Floquet. Si un Oportunista hubiese representado el papel que desempeñó Floquet en este asunto, todos los Moret, los Rochefort, y los Mayer hubiéranse echado encima con alegría, pero, para ellos, ya lo tengo dicho, siempre saben á bien las infamias radicales.

Es evidente, sin embargo, que desembarcando Floquet en Túnez, como representante de Mustaphá, llegaba allá, no como un abogado ordinario, como hubiera sido un Betoland ó un Lenté, sino como vice-presidente de la Cámara, como hombre político influyente; hacía sencillamente lo que Grevy yendo á defender á Dreyfus, lo que hacía Wilson cuando recomendaba á las personas: hacía tráfico y mercancia de su situación oficial, servíase de ella para pesar sobre el Bey, sobre la autoridad francesa y sobre los jueces. Sabía perfectamente que por esto se le enviaba allí.

A pesar de todo, eran de tal modo inmorales las pretensiones del antiguo favorito del Bey, de tal manera contrarias á todo derecho, que un proyecto de transacción, propuesto por M. Santter de Beauregard, había consignado ya que Mustaphá había abusado de su influencia y que en ella había habido captación.

Los tribunales no se atrevieron á dar razón á Floquet y á su interesante cliente. En primera instancia había obtenido el Colegio Sadiki del tribunal local, la Charca, un fallo que condenaba á Mustaphá á restituir. La administración, en lugar de ejecutar el fallo, pidió, por ganar tiempo, el *exequatur* al tribunal francés. Floquet pretendió que la sentencia era nula, pero el tribunal francés dictó una providencia declarando que el primer fallo estaba competentemente pronunciado, y después remitió la causa y á las partes á una audiencia ulterior.

Floquet cambió entonces de táctica; en lugar de continuar el pleito, regresó á Francia, fué á encontrar á Freycinet, mintió descaradamente y le dijo: «Ya he ganado mi pleito contra el colegio Sadiki (que era falso); de este modo, apoyando un proyecto de transacción, no apoyaríais sino una causa justa.»

Pasado algun tiempo, después de haberse informado Freycinet, mandó llamar á Floquet á su despacho y le dijo: «¿Cómo pudisteis engañarme, señor Floquet, hasta ese estremo y valeros de la influencia de mi ministerio á favor de una pandilla de rateros?»

Freycinet, que hoy es ministro bajo Floquet, juraria y volveria á jurar, que jamás abrigó tal propósito; pero abrigólo perfectamente, pues lo ha referido á álguien uno de los mismos judíos metidos en el lio y que decia: «¿Comprendeis que Freycinet nos haya tratado de rateros?»

Freycinet luchaba pues con su conciencia como Menard-Dorian cuando se trata de entregar á Inglaterra el secreto de los cañones que bombardearán nuestros puertos; ha luchado siempre, debe hacérsele esta justicia, y á buen seguro que hubiese capitulado, segun le ha sucedido siempre, cuando Flourens le hubiere derribado y reemplazado.

Despues de haber sido Flourens el servil cortesano del Imperio, hizose el verdugo servil de la República contra nuestros sacerdotes. Privaba de sueldo á nuestros pobres curas sin sombra de motivo. Un eclesiástico de mucho talento que ponía en su tarjeta: «Párroco de X....., sin sueldo,» me refería una conversacion épica que tuvo con él. Había conseguido entrar en el despacho del director de los Cultos y hacerse traer su expediente para ver al fin de que se le acusaba. En el expediente se halló esta única observacion: «Ha querido fundar una escuela libre en X..... Hombre muy peligroso.»

Sabida es la teoría de Flourens: la que él aplicó á M. de Rotours; que hasta despues de unas oposiciones, un francés católico es tan incapaz de ocupar un puesto de agregado en el ministerio de Negocios extranjeros, como un católico ser rey de Inglaterra.

Estas ideas explican que los periódicos conservadores se

hayan pasmado de la habilidad y patriotismo de Flourens, cuando llegó al ministerio de Negocios extranjeros, y hayan declarado unánimemente que se había hallado al fin el ministro indispensable.

Todos los ministros de Negocios extranjeros han sido declarados indispensables desde el duque de Decazes, al que no se atrevía nadie á tocar só pretexto de que mantenía por sí solo, la paz en Europa, hasta Freycinet cuya salida del muelle de Orsay debía acarrear inmediatamente una conflagracion general.

Por lo demás, esto se comprende fácilmente: los ministros de Negocios extranjeros disponen de fondos secretos muy importantes, y, en lugar de emplear este dinero en saber lo que pasa en el extranjero, los destinan á pagar la Prensa que, segun la importancia de la cantidad, compara al ministro en ejercicio con Richelieu, Talleyrand, Cavour ó Metternich. Cuando el predecesor lo ha gastado todo para hacerse comparar con Richelieu, el sucesor debe contentarse con hacerse llamar Olivares.....

Volvamos á Túnez. Flourens, desde que fué ministro, tomó vigorosamente por su cuenta los intereses de la Sociedad hipotecaria de Túnez. Cambon que, segun las noticias complementarias que se me han dado, parece haber desempeñado en este negocio un papel más honrado que no había yo creído, había sido reemplazado por Massicault quien se prestó á cuanto se le exigió.

Una transaccion firmada en la residencia el dia 7 de marzo de 1887 dió razon á Mustaphá, es decir á la Sociedad hipotecaria de Túnez, mediante 900,000 francos entregados al Bey y 175,000 de indemnizacion al colegio de Sadi-ki, entraba la Sociedad en posesion de los bienes enormes que Saddock figuraba haber regalado á Mustaphá. El total gastado por la Sociedad así para pagar las deudas de Mus-